

ALBUM PINTORESCO.

APUNTES DE LA HISTORIA ANTIGUA.—SUPPLICIO DE DOZSA.

Ignórase la época fija del nacimiento de este hombre extraordinario. Solo se sabe que fué proclamado rey de Hungría el año de 1513, por los aldeanos de aquel reino que se habian rebelado contra el clero y la nobleza. Dozsa era tambien un campesino de la Transilvania, que habia llamado la atención de todos por su vigor y su denuedo.

Viéndose á la cabeza de una turba de campesinos descontentos de los nobles, hizo estragos en la Hungría durante el período de cuatro meses, cometiendo los mayores excesos contra los partidarios del rey.

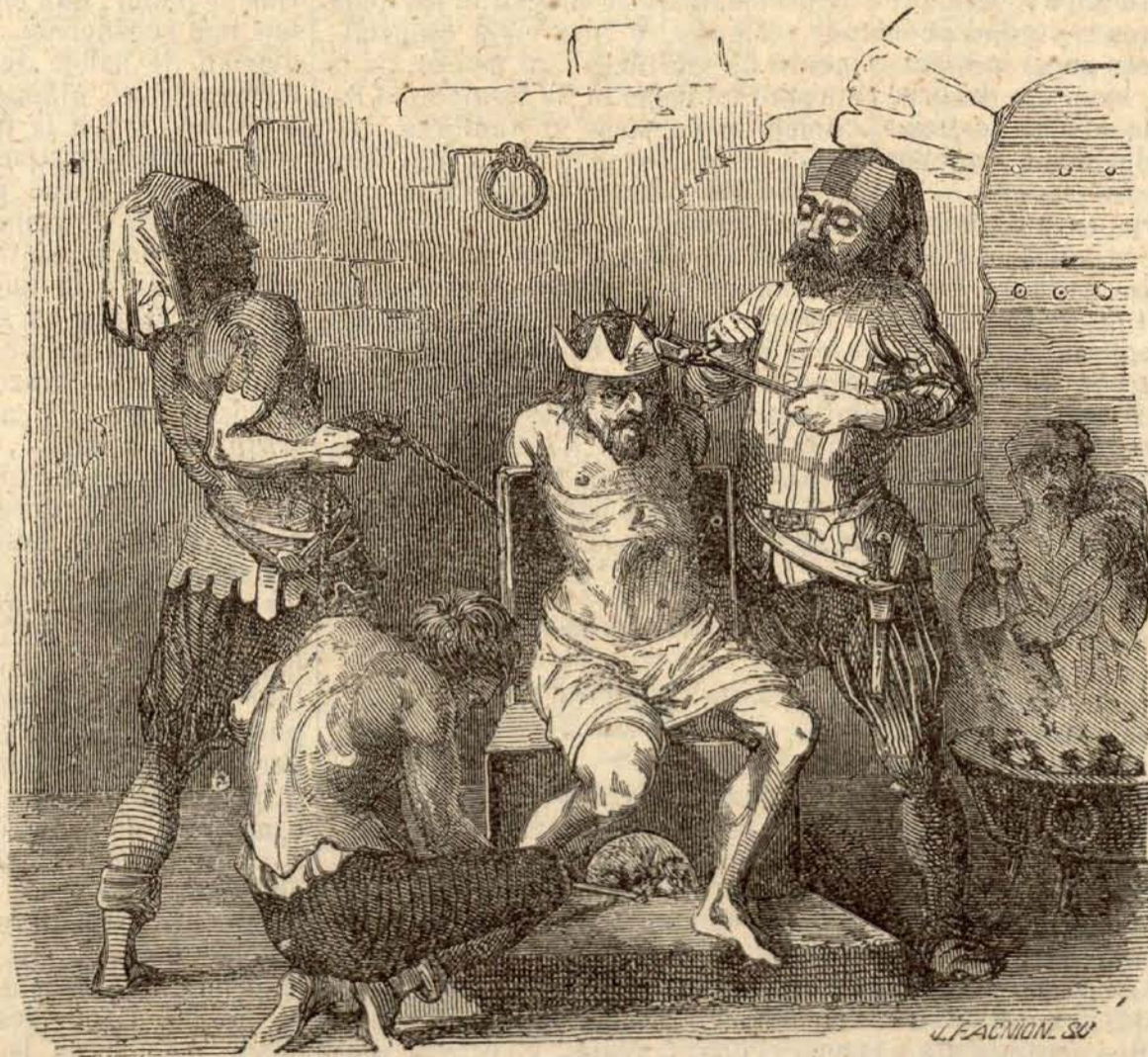
Juan, vaivoda de la Transilvania le atacó en 1514, le derrotó y además le cogió prisionero. Dozsa fue entregado á los mas horribles suplicios, por sus inhumanos vencedores. Sin embargo, Dozsa, mostró en sus últimos momentos un alma austera é inflexible, aun cuando sus enemigos le dirigian los mas terribles sarcasmos.

«He aquí á S. M., le decian con amarga ironía. Esperad que llegue mañana, y se os pondrá la corona sobre vuestra real cabeza; el herrero la ha cincelado en un pedazo de hierro; vuestro cetro real pesa quince libras, vuestro trono es grande y en él teneis que sentaros. Entonces será necesario que os mostreis hombre de corazón é intrépido.» La multitud escuchaba horrorizada la pintura que se hacia de aquel misterioso suplicio, y el mismo Dozsa palideció un mo-

mento, y se encrespaban sus cabellos; pero recobrando al instante su calma habitual respondió con noble orgullo: «Apartaos de aquí, miserables esclavos! Venid á verme mañana, y si á pesar de la horrible tortura que me espera, se me escapa un solo grito, si mis labios se entreabren para proferir una queja, cúbrase mi nombre de una vergüenza eterna.»

Con efecto, al dia siguiente le sentaron en un trono de hierro hecho

Dozsa sufrió esta horrorosa muerte, como lo habia prometido, es decir, sin lanzar una queja, pidiendo por única gracia, que tuviesen consideracion con su hermano. Los demas prisioneros fueron empalados ó descuartizados vivos, á escepcion de algunos que dejaron morir de hambre. Estremos son estos de barbarie que no tienen la menor disculpa y que deshonoran á la especie humana.



CONSIDERACIONES

SOBRE LA AMISTAD.

Si el verdadero amor se compone del deseo innato en el hombre de satisfacer una necesidad del alma, á la par que obedece á una ley de su organizacion física, buscando el atractivo de un placer, al cual la naturaleza ha querido unir la cualidad de la duracion y de la reproduccion para todos los seres animados, se puede decir de la amistad, que es la mas bella y la mas pura mitad del amor. Aristóteles definió muy bien la amistad, diciendo que era *un alma en dos cuerpos*.

ascua, ciñendo una corona tambien de hierro ardiendo, y despues, abriéndole las venas, hicieron beber un vaso de su sangre á su hermano Lucas que le habia ayudado en la revolucion.

Despues que le llenaron de heridas, le descuartizaron, y frito y hecho pedazos, dieron de comer con esta carne á sus principales cómplices, que á propósito los tenian hambrientos.

Los griegos y los romanos hicieron de ella una divinidad alegórica. Los modernos han pintado la amistad de diferentes modos; ora con los pies desnudos para probar que no hay molestia cuando un verdadero amigo lo arrostra todo en servicio de otro amigo; ora sosteniendo con sus manos dos corazones encadenados y ciñendo á la cabeza una corona de flores del granado, cuyo color de fuego, que

nunca varía, es el símbolo del ardor y de la constancia con que debe distinguirse la amistad: también la pintan con un perro á los pies, imagen de la fidelidad. Han querido, por medio de ingeniosos emblemas, expresar la duración de un sentimiento que no puede debilitarlo nada, cuando es real, pero que quiere corazones puros para nacer y desarrollarse. Un filósofo del siglo pasado ha dicho: «Los malvados no tienen más que cómplices; los voluptuosos tienen compañeros de disipación; los interesados tienen asociados; los políticos reúnen facciosos; los príncipes tienen cortesanos; los hombres virtuosos tienen solamente amigos.»

La amistad hasta cierto punto, era un punto de religión y de legislación para los antiguos, especialmente para los griegos, que supieron hacerla servir para la defensa de la patria; este vínculo, mas bien que el de la disciplina, unia corazones é intenciones. Es verdad que algunas veces han acusado á los griegos de haber dado el santo nombre de amistad á una pasión vergonzosa que sustituía un sexo á otro en relaciones que tenían por objeto, mas bien los placeres sensuales que los del alma, y el espíritu. Bastantes monumentos existen que atestiguan esta costumbre, para que pueda nadie negarnos la verdad de lo que aseguramos; pero como lo ha dicho Voltaire, si el vicio era desgraciadamente tolerado por las costumbres, no por eso culpamos á las leyes de semejantes abusos.

La amistad entre los antiguos ha sido tan rara como en nuestros tiempos. Pedro ha dicho: *Vulgare amici nomen sed rara est fides*. El nombre de amigo es muy común, pero la fidelidad es rara. Tan convencido estaba de este axioma Sócrates, que en una ocasión, fabricaba una casa tan pequeña que apenas él cabía en ella. Uno que pasó preguntóle admirado, que cómo siendo él un hombre tan grande erigia una morada tan mezquina. «Ojalá pudiera llenarla de verdaderos amigos,» respondió el filósofo.

La amistad entre los modernos, aun cuando mas rara, ha vuelto á adquirir toda su pureza. A los famosos ejemplos de la antigüedad podemos oponer los de nuestra historia que han surgido, con especialidad en esta época, donde no han existido todas las virtudes para espiar á los ojos de Europa los crímenes y los horrores de nuestros desórdenes civiles.

Se ha preguntado si la amistad puede nacer entre dos sexos diferentes sin que venga otro sentimiento á borrarla y á ocupar su lugar. Los que sostienen la afirmativa han citado algunos ejemplos, entre ellos el de Lafontaine y madama La Sabliere; pero semejante vínculo no es realmente posible más que cuando la turbación de los sentidos no agita ya nuestra alma. Se gusta entonces, como lo ha dicho con justicia un moralista moderno, un sentimiento tanto mas encantador y lisongero, «cuanto que la diferencia de los sexos, que no se puede olvidar enteramente, hace la amis-

tad mas tierna, le da cierto no sé qué de dulce y vago, y por decirlo así, se convierte en un encanto ideal.» Nosotros no aconsejaremos nunca á dos corazones jóvenes de un sexo diferente que se entreguen al atractivo engañoso de una amistad que jamás puede ser muy desinteresada en una edad, donde los sentidos ejercen todo su imperio y reciben una nueva fuerza, una nueva energía, hasta sacrificios que la razón y el deber consiguen imponerles durante algún tiempo.

En cuanto á la amistad entre mugeres, es indudablemente la mas rara de todas, aunque de ella se citen algunos ejemplos. Los intereses del amor, el imperio disputado de la belleza, los celos de las conquistas, son otros tantos obstáculos que aumentan la mala dirección de su educación y la importancia demasiado grande que nosotros los hombres añadimos á los encantos de su exterior, á la esclusión casi total de las cualidades del alma y del corazón. Si las mugeres no tuviesen que disputar al lado nuestro, mas que estos últimos, no descuidarían los de todas las virtudes que da á los otros todo su encanto, la amable indulgencia, de donde nace la amistad. He aquí en efecto la base, sino de aquella amistad sublime de la que tan bellos ejemplos nos muestran los tiempos antiguos, y que vivía especialmente de sacrificios, al menos, de la amistad tal como la ha formado la facilidad de nuestras costumbres. Dichoso el que pueda decir hoy con Marmontel: «Llamo amigos á los que desean verme, á los que están dispuestos á perdonar mis debilidades, á disimularlas á los ojos de los demás, á los que me tratan ausente con decoro, y presente con franqueza.» A estas condiciones humanas debe limitarse en nuestros días la exigencia de la amistad. No dejemos crecer la yerba en el camino de la amistad: la amistad es como los títulos antiguos, la fecha la hace preciosa.

I. A. BERMEJO.

ESCULTURA.

La escultura, del latin *sculpto sculptum* (que significa grabar ó tallar á cincel) es un arte, que por medio de una materia sólida y del dibujo imita los objetos palpables de la naturaleza. Suele emplearse para este efecto, la madera, la piedra, el mármol, el marfil, algunos metales como el oro, la plata, el cobre, piedras preciosas como la agata, la cornalina y otras. La escultura comprende también la fundición, que se subdivide en el arte de hacer figuras de cera y en el de fundirlas de todas clases de metales. Es difícil averiguar en la oscuridad de los tiempos los primeros inventores de la escultura, pues su origen, así como el de la pintura, debe remontarse á una época muy apartada. En todas las partes donde existió la idolatría, ha procurado el hombre representar á sus

dioses. Los primeros que amasaron la tierra y tallaron la madera, fueron los inventores de este arte: un tronco de árbol, una masa de tierra que tuviesen una forma redonda eran para ellos una imitación suficiente de las divinidades ó de los héroes, que querían representar. Moisés habla de algunas obras de escultura hechas en siglos muy anteriores á la época en que escribía; debe inferirse, según el Génesis, que el arte de fundir los metales y de hacerlos servir para imitar la naturaleza fué conocido de los israelitas desde tiempos muy remotos. Béselcel en el desierto adornó el propiciatorio con dos figuras de querubines. Nada revelaría tanto el mérito de la escultura como su noble objeto, si se hubiese llenado fielmente; pero mucho antes de la construcción del Tabernáculo, se hallaba ya degradada y vendida á la idolatría.

Se ve en la Escritura que una de las causas que han dado mas duración á este culto impio, ha sido la estremada belleza que los artistas se esforzaban en dar á las estatuas. Parece igualmente averiguado, que la escultura no contribuyó poco á la corrupción de las costumbres, tanto por la desnudez de las imágenes, como por las representaciones contrarias al pudor, que los mismos paganos han reconocido. Los egipcios se glorían de haber descubierto la escultura; pero algunos obstáculos se opusieron á que la pudiesen perfeccionar: éstos existían principalmente en las leyes, que prescribían una continuación de principios y de práctica que no permitía á los artistas añadir nada á lo que habían hecho sus antecesores; así es que sus estatuas conservaron siempre una posición recta y los brazos estendidos en la misma dirección, actitud de los que trasportan camillas, y la única que conocieron. La anatomía, ciencia tan útil para los pintores y escultores, era enteramente desconocida de los artistas del Egipto, pues su estudio les era prohibido: aun aquellos mismos que abrían los cuerpos para embalsamarlos, se veían precisados á huir para sustraerse del furor del pueblo. ¡Deplorable extravío de la superstición, esencialmente nocivo al progreso de las artes! A pesar de la constancia de los egipcios en imitar sus antiguas obras, se distinguen sin embargo entre ellos, según Winckelmann, dos estilos diferentes que pertenecen á dos épocas muy marcadas: la primera alcanza á la conquista de Egipto por Cambyzes, y la segunda desde éste hasta la dominación de los griegos.

En el primer estilo las líneas de contorno son rectas y poco salientes, la posición derecha é inmóvil. Las figuras sentadas tienen los pies unidos y las piernas paralelas; las que están derechas sacan un pie algo mas que el otro, y sus brazos unidos á los costados se oponen á todo movimiento. Las mugeres se representan con el brazo derecho tendido en línea recta del costado, y el izquierdo doblado y contra el seno; los huesos y músculos se

hallan indicados con cierta flojedad, así como los trages, que lo están por medio de una orla saliente que rodea las piernas y el cuello. Los trages de estas figuras en general están tan poco marcados que podría creerse que no tienen ninguno. Las estatuas de los hombres están casi desnudas; pues un pequeño delantal, corto, de pliegues menudos y atado alrededor de las caderas, es su único vestido. En las cabezas de las estatuas egipcias, los ojos son planos, sacados oblicuamente, el hueso sobre que descansan las cejas es aplastado, y el de la megilla saliente y muy pronunciado, la barba es siempre corta y salida. Estos caracteres constantes deben, sin duda, atribuirse al género particular de fisonomía que era el más general en la nación. Las leyes no habían determinado cosa alguna relativa á la representación de los animales, y así es que se ven esfinges y leones en los cuales se admira un trabajo perfecto, ó por mejor decir, admirable: variedad en los contornos, facilidad en las formas, interés en todas las partes, y claridad en la musculatura y en las venas. En el segundo estilo, las manos tienen más elegancia, los pies están más separados el uno del otro, y algunas estatuas no están tampoco como las del estilo antiguo apoyadas á una columna. Los trages, aunque más marcados, se resienten también del primer estilo. Las estatuas egipcias, hechas de basalto ó granito, están todas bruñidas con mucho esmero, tanto las que se hallan colocadas sobre los obeliscos, como las que debían verse de cerca. Algunos artistas ingerían frecuentemente en los ojos de las estatuas algunos globulitos de una materia preciosa. Los indios han conservado esta costumbre, imitada alguna vez por los griegos. Los fenicios fueron muy hábiles en el arte de la escultura, y el templo de Salomón fué decorado con estatuas de oro por los artistas de aquella nación; pero desgraciadamente sus obras han sido destruidas. Homero rinde homenaje á su habilidad en las artes hablando de la copa de Peleó, que escedía, dice él, en belleza á todas las obras de la tierra, pues eran los sidonios, aquellos hombres hábiles, los que la habían trabajado. Las ideas religiosas de los persas han sido un obstáculo para los progresos de las artes en este pueblo que no erigia estatuas á los grandes hombres; y por otra parte, como la decencia no les permitía presentarse desnudos, ni pudieron estudiar las formas, ni conocer otra hermosura que la de las cabezas.

Los etruscos que habían perfeccionado en cierto modo la escultura antes que los griegos, imprimieron á sus obras la duración de sus costumbres. Tuvieron, como los egipcios, dos estilos muy distintos: en el primero las actitudes son rectas y forzadas; las cabezas eran sin gracia y no daban ninguna idea de hermosura ni de perfección. El segundo estilo se hacia notar por la fuerza de la espre-

sion muy resentida de las partes ejecutadas exactamente. Esta segunda época del arte de los etruscos corresponde, según Winkelmann, á la en que llegó á la perfección entre los griegos; es decir al tiempo de Fidias; Los griegos entraron más tarde que otros pueblos en la carrera de las artes; así es, que por mucho tiempo algunos pedazos informes de mármol y piedras cúbicas designaron los objetos de su culto, y algunas piedras redondas ó toscamente labradas representaban sus dioses. Hasta principios del siglo VI, antes de Jesucristo, no se hicieron cortaduras en la piedra ni en la madera para separar las piernas, los brazos y las manos, y este nuevo progreso, atribuido á Dédalo de Sicyone, fué mirado como prodigioso. Pero apenas dieron los artistas griegos los primeros pasos en su carrera, cuando las recompensas y la gloria les movieron á dar otros nuevos. Fijaron el arte en su país é hizo progresos sucesivos conforme á la marcha de la naturaleza, que jamás obra con precipitación.

En sus primeros ensayos no emplearon más que tierra y madera; pero después unieron el lujo de los siglos opulentos á la sencillez de los primeros tiempos, adornando sus estatuas con marfil, plata y oro. El amor de los griegos á la belleza y los honores concedidos á los vencedores en los juegos públicos, debían necesariamente favorecer los progresos de la escultura, pues las ocasiones de levantar estatuas se repetían con frecuencia; la religión y las leyes las multiplicaban, y concediéndose las recompensas casi siempre á la fuerza, al valor y á la belleza, las obras de los artistas debían ser, y fueron en efecto, modelos para todos los pueblos. Así es que se formaron grandes talentos entre aquel número considerable de personas que cultivaban las artes, y los siglos de Pericles y de Alejandro produjeron á Fidias, á Polícrates, Miron, Lisipo, Praxiteles y Scopas. Cuatro estilos diferentes se designan á la antigüedad griega, á saber: el estilo antiguo que duró hasta Fidias; el grande estilo, que se imprimió al arte por este célebre estatuario; el estilo de la gracia, introducido por Praxiteles, Apeles y Lisipo; en fin, el estilo de imitación practicado por la multitud de artistas que fueron los imitadores de estos grandes maestros. Las obras del estilo antiguo no se distinguen ni por la belleza de la forma, ni por la proporción del conjunto. El dibujo de los ojos es prolongado y aplastado; la sección de la boca va remontándose hacia los costados; la barba es puntiaguda; los rizos de los cabellos se parecen á unos granos apretados de un racimo de uva, y apenas se conoce á qué sexo pertenece la cabeza. Se ve por las medallas que los artistas de los antiguos tiempos buscaban las actitudes exageradas, y llegaron al primor de los detalles antes de conocer la belleza del conjunto.

(Se continuará.)

LOS FILIBUSTEROS.

FILIBUSTER es una voz derivada del nombre inglés *flibustiers*, que tuvieron en otro tiempo los piratas de la Antillas, á quienes llamaban también *forbantes*, palabra que igualmente significaba foragidos de los mares ó piratas.

Puesto que esta voz exótica tiene una significación en nuestro idioma, y el *Diccionario marítimo español* le da lugar y acogida, no creemos deber escluirla en este periódico, por más que los hechos atroces que recuerda, y los hombres sanguinarios que los perpetraron, correspondan ya á una época remota; y á tiempos en que el abuso de la fuerza y la violencia prevalecían muchas veces sobre la justicia y el buen derecho de las naciones. Desgraciadamente en estos cultos é ilustrados en que vivimos, se han renovado aquellos actos abominables; y el siglo XIX ha visto con asombro salir de aquellos mismos lugares donde más alto se proclaman los derechos del hombre y la libertad de los pueblos contra toda clase de opresión y tiranía; donde se condena la ociosidad y la vagancia como vicios opuestos al trabajo y la industria, reputados justamente como únicas ocupaciones dignas del hombre en sociedad; en la época en que bajo la influencia de las ideas socialistas y humanitarias, se cree que ha de desaparecer el ominoso azote de la guerra, realizándose las halagüeñas utopías de *Saint-Pierre* y otros pacíficos soñadores; ha visto salir, repetimos, reiteradamente, hordas de hombres armados, sin ley ni bandera, para entregarse como los antiguos forbantes de la Tortuga y con idénticas miras, á la agresión y el pillage.

Aunque el testimonio unánime de los historiadores, presenta á los antiguos filibusteros como hombres desalmados y vagabundos, movidos por la codicia y asociados tan solo para el crimen, no faltan en nuestras días escritores que en odio á nuestra nación, contra la que esencialmente se ensañaron aquellos foragidos, pretenden disculpar y aun ennoblecer sus actos de piratería.

Distinguese en este singular empeño por lo apasionado é incisivo, *Mr. P. Christian*, escritor ilustrado, pero de más imaginación que solidez y criterio, que con el título de *Historia de los piratas* (1), ha publicado una novela zurcida y atestada de episodios y fragmentos ajenos, y no un relato verídico, imparcial y filosófico; obra más notable por los cuadros eróticos y del género maravilloso en que abunda, que por la exposición grave y autorizada de los hechos que su título promete, el cual hubiera hecho mejor en sustituir con el de *Apología*, pues esto, más bien que historia, vie-

(1) *Histoire des pirates et corsaires de l'Océan et de la Méditerranée; depuis leur origine jusqu'à nos jours, par Mr. P. Christian, Paris, 1847.*

ne á ser en su mayor parte la arrogante produccion de Mr. Christian.

Los mas notables de aquellos aventureros eran, segun él, gentes honradas, que penetradas de un sentimiento de justicia, habian abandonado sus hogares para vengar á la Europa de la insolente prepotencia española. Pero no deberán parecer estraños tales asertos en un escritor que satisfecho de su opinion y recomendando sus propios escritos mas de lo que consienten las reglas de la modestia entre literatos, escribe ademas poseido de una ciega pasion por su pais, en la cual nada hubiera por cierto que censurar, si á fuerza de ser esclusiva y exagerada, no rayase en agresiva.

Desconfiamos de que nuestros lectores puedan leer con serenidad el siguiente trozo que presentamos como muestra del espíritu del autor respecto de España, del estilo y tendencia de su obra, de su respeto á la verdad, y tambien porque él viene á servir de preámbulo á su llamada Historia de los filibusteros.

«Durante el siglo XVI, y aun en el siguiente, á pesar de una serie de reinados en que la ineptia parecia hereditaria; á pesar de las causas debilitantes que ella encontraba en su propio seno y en el fraccionamiento de sus vastas posesiones, la España era considerada como la potencia mas temible. Y lo era en efecto, bajo cierto aspecto, por el estado miserable en que se encontraban las rentas, las fuerzas militares y el comercio de las demas naciones; en una época en que 20,000 hombres componian un grande ejército; en que 2.000,000 de escudos formaban todo el tesoro de un soberano, y en que las ciencias vegetaban sin progresar, porque se dejaba á los sabios sin apoyo, á los artistas sin estímulo, y el comerciante era menospreciado; en que la ignorancia, las bulas de los papas, las excomuniones, decidian de la suerte de los pueblos; en que por todas partes, los gobernantes y gobernados, juguetes de la mas estúpida ignorancia, con-

sumian las facultades de su espíritu en vanas disputas de religion. La regeneracion de la especie humana se hallaba apenas en su aurora. En semejantes circunstancias, bien podia deslumbrar el brillo que Carlos V habia difundido sobre la España, y Felipe II, su indigno hijo que tenia á sus órdenes los tesoros del Nuevo Mundo, capitanes experimentados, una excelente caballeria, y la mejor infanteria de Europa, podia, á pesar de la pérdida de los Países-Bajos, entretener una ilusion que hacia parte de su herencia, y trasmitirla, aunque ya mas débil, á sus cobardes sucesores.

(Se continuará).

SOBRE LA RISA.

Los antiguos filósofos dijeron que las bestias no se rien nunca, y que la risa es una propiedad natural del hombre con exclusion de los demas animales. ¿Pero no será este acaso un error de los muchos que sin razon se han generalizado? No es, por el contrario evidente que las bestias se rien muy bien á su modo y de tan buena gana como los hombres? ¿Véanse sino dos perrillos jugar en un paseo, campo, etc. sorprenderse con sus veloces carreras el uno al otro, darse chascos y falsos temores, con otras jugarretas? ¿Puede hacerse todo esto sin reir? ¿O es acaso esencial á la risa que se haga, como en el hombre, por un movimiento de los labios y de la boca, con un ruido á voz convulsiva? La risa no es otra cosa que una expresion de alegría, y esta expresion es necesariamente diversa entre las diferentes clases de animales. Repitamos: el hombre rie á su modo y el perro al suyo. ¿Qué importa que esto sea por medio de una carcajada, ó por un simple movimien-

to de las orejas, de la cola, ó cualquier otra expresion semejante? Siempre será reir. ¿Qué partido tomaremos en este particular? Suspender nuestro juicio, dudar siempre, no afirmar nada, porque nada sabemos... Ademas, por otra parte creemos que nuestros antiguos filósofos tenian razon. Nos fundamos en que siendo, como hemos dicho, la risa una expresion de placer y de alegría, no todas las alegrías ni los placeres causan risa. La única alegría que produce ó motiva la risa, es aquella que va acompañada de sorpresa y nace en nosotros á la vista repentina de alguna correspondencia estraña de dos ideas ó de dos cosas incompatibles. Como un magistrado vestido de arlequin, ó un majadero que quiere pasar por entendido. Esto es tan cierto que la misma cosa que nos hace reir en unas circunstancias ordinarias, cesa de parecernos risible en otras circunstancias. Nos reimos de un hombre que por su gusto ó por vanidad, emprendiendo saltar un foso lleno de agua, cae en medio de él; pero que este mismo accidente suceda á otro hombre que va huyendo de un enemigo armado, lejos de reirnos, nos afligiremos. Es preciso, por consecuencia, para reir que se junten dos ideas y conocer la incompatibilidad, lo que no pueden hacer las bestias; pues carecen de conocimientos directos. Poseen, no hay duda, sentimientos de satisfaccion, de placer y de alegría, y la mayor parte de los animales los experimentan muy distintamente, mas no pueden tener esta alegría que nace de la reflexion y de la comparacion. Luego los antiguos filósofos tuvieron muchísima razon cuando afirmaron que los brutos no rien nunca.

MADRID, 1853.

ESTABLECIMIENTO TIPOG. DE MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

AVISO INTERESANTE.

Con objeto de hacer la distribucion del ALBUM PINTORESCO con mas regularidad y evitar que lo reciba nadie que no deba recibirlo, desde 1.º de marzo se enviarán á provincia directamente á cada suscriptor los números que le correspondan, á cuyo fin los señores comisionados tendrán la bondad de mandar antes de la citada fecha, la nota nominal de los suscritores que tengan derecho á recibir ALBUM, espresando la razon en que se fande este derecho y el punto de residencia, en el concepto de que cesarán de enviarse los números á todos los corresponsales que para fin del presente mes no hayan llenado esta formalidad.

Madrid 6 de febrero de 1853.

Francisco de P. Mellado.